

Reseña de:

SAMIR Amin.- *El Capitalismo en la Era de la Globalización*, Barcelona, Paidós, 1999.
(Juan Pedro García del Campo)

Publicado en la revista-libro *El vuelo de Icaro*

Samir Amin es uno de los pocos intelectuales de la izquierda cuya valía es internacionalmente reconocida, tanto desde el ámbito de las instituciones como desde los movimientos sociales que se enfrentan a la actuación de aquellas. Conocido ampliamente por el papel que ha desempeñado y desempeña en diversos foros particularmente relacionados con la situación del llamado “tercer mundo”, lo es también por su reiterada afirmación de la necesidad de una “desconexión” respecto del funcionamiento omniabarcante de las dinámicas del capitalismo internacional (dicho de otro modo: la “negociación” de las condiciones -sociales, económicas- que, implementadas desde las instancias políticas o estatales de los distintos ámbitos geográficos, han de restringir los automatismos de los mercados; el establecimiento de límites políticos al despliegue inmanente del capital) como única forma posible de salvaguardar un equilibrio que, cada vez con más violencia, es roto por unas prácticas que, de manera “globalizada”, tienden sólo a garantizar el enriquecimiento y la supremacía de los intereses privados.

En *El capitalismo en la era de la globalización*, Samir Amin plantea precisamente un análisis de las características del proceso “globalizador” para mostrar que, lejos de conducir a una igualdad o equilibrio, conduce necesariamente a la dicotomía, la desigualdad y a un mayor desequilibrio que, lejos de superar la crisis, se hunde en ella y la profundiza. Así, desde esta perspectiva, el libro recorre las distintas reacciones (etnicidad, nacionalismo, fundamentalismo) que la dinámica globalizadora viene provocando en las zonas en las que se agudiza su actividad de disolución, mostrándolas como el síntoma más claro de la falsedad de las proclamas que los agentes económicos hacen a favor de la extensión ilimitada del liberalismo.

Con todo, desde el punto de vista teórico, la tesis básica que defiende Samir Amin en esta obra (y que, por otra parte, articula la práctica totalidad de sus intervenciones teóricas y políticas) dejando incluso al margen las cuestiones sociales o morales que podrían seguirse de la consideración de sus consecuencias, consiste en caracterizar la llamada “globalización económica” como un error estratégico para la propia dinámica del capitalismo. Es, por tanto, un texto -esa es su mayor virtualidad, ese es, también, claramente, su límite- que se introduce en el marco técnico e ideológico desde el que se ordena el discurso del enemigo. Meta-macro-economía (por más que vista desde sus consecuencias) aplicada al estudio de los equilibrios posibles: búsqueda del equilibrio para la superación de la crisis y, desde esta exigencia, en último término, posicionamiento de resonancias socialdemócratas frente al error de un liberalismo salvaje y absurdo.

Amin elabora su exposición considerando la evolución del capitalismo mundial a partir de la segunda gran guerra; hasta ese momento, la estructura de funcionamiento del sistema mundial se articula en torno al papel de los Estados-nación históricamente constituidos como artífices de la gestión de unas economías articuladas en clave nacional y desde la primacía del capital nacional; una etapa en la que, además, la industrialización de las zonas del “centro” contrastaba con la ausencia total de industrias en las zonas de la “periferia”. El ciclo que se desarrolla en el tiempo de la postguerra, sin embargo, a partir de las condiciones en las que se concluye el terremoto bélico de mediados del siglo XX, tiene que hacer frente a las primeras consecuencias de la potencia afirmada por las fuerzas opuestas al capitalismo: los movimientos que llevan a la progresiva independencia política de amplias zonas de Asia y África unidos a la creciente ofensiva de los sectores obreros en los propios países del centro. Frente a ambos retos, los gestores del capital se vieron forzados a establecer unos compromisos de funcionamiento que, aunque limitando los anhelos de expansión del interés privado, garantizaran al menos su ejercicio en la mayor medida posible. Ese es el compromiso político que origina las formas y las instituciones del *Welfare State* y que, al tiempo, permite un desarrollo industrial y económico de algunos países de la periferia (agrupados en buena medida en torno al movimiento de los países no-alineados) en beneficio de las emergentes burguesías

locales, que, en último término, es el resultado de una adecuación del capitalismo a la realidad, una transformación organizativa que atempera, en nombre de lo posible, la ideología del enriquecimiento ilimitado. Así, de hecho, la estructura “tripolar” de la pugna geoestratégica, la extensión del modelo del Estado-nación y el acuerdo fordista en los países del “centro” son, en el período de postguerra, la respuesta posible del capitalismo a las condiciones fácticas que impiden el cumplimiento de su “promesa” de crecimiento sin límites, su reconocimiento de la “crisis” y su manera de adecuarse a la misma.

Sin embargo, esta “solución”, sostiene Samir Amin, se constituyó también en el germen de una nueva crisis: los cambios introducidos suponen un nuevo incentivo para el desarrollo porque esta “gestión de la crisis”, en virtud del “compromiso” y del consiguiente “reparto” que resulta de la “renuncia” a la apropiación total por parte de los capitales más grandes, aumenta el poder de compra de quienes antes apenas aparecían como compradores en el mercado, incentivando el aumento de la producción para el consumo y, con ese aumento, las posibilidades de enriquecimiento. El fordismo comportó, pues, una política de la expansión que tomaba su sustento, paradójicamente, en las prácticas de gestión de la crisis: atemperando su ser a la crisis, conviviendo con ella y “gestionándola”, el capital pudo incrementar una acumulación que de otro modo había quedado estancada y en peligro; sin embargo, por su misma dinámica, esta política de expansión sobredimensiona la tendencia hacia la mundialización de la producción y de los mercados, haciendo cada vez más reducido el ámbito de gestión de las estructuras del Estado-nación y erosionando así su capacidad de negociación y de intervención en los conflictos coyunturales y estructurales que el capitalismo genera.

Paradójicamente, si el crecimiento se hace posible en virtud de las dinámicas estatales y políticas de mediación y de compromiso que permiten la gestión de la crisis, su despliegue (la progresiva “globalización” que comporta), al mismo tiempo, a la larga, termina poniendo al margen su eficacia gestora y así, tal es la tesis fuerte del libro, las posibilidades mismas de crecimiento a medio plazo.

Enfrentado en la década de los 70 a una nueva crisis (más debida a la potencia de las pulsiones antagonistas que a los pregonados problemas energéticos o productivos), el capital se vio en la necesidad de adoptar su rostro más agresivo y de emprender una ofensiva que socavase las bases del (contra)poder creciente desplegado por las fuerzas anti-capitalistas. El avance de las políticas neoliberales de las dos últimas décadas se hizo posible, precisamente, por la conciencia del estallido de las cortapisas políticas que se oponían al enriquecimiento privado: la mundialización creciente hace cada vez más irrelevante el papel que hasta este momento venían jugando las estructuras de los diversos Estados, que son continuamente sobrepasadas por las dinámicas propias de los mercados. Así, la actuación de los capitales privados consistió en hacer saltar por doquier esas barreras “políticas” que, al hilo del compromiso social, habían frenado su expansión. De esa ofensiva del capital (comercial y financiero fundamentalmente), procede la configuración actual del sistema-mundo que los aparatos de generación de ideología re-bautizan como “globalización económica” y cuya bondad pregonan como “globalización democrática”.

La agresividad con la que se procedió, a escala planetaria, a esa recomposición sin precedentes de los acuerdos programáticos del fordismo, no sólo supuso el vaciamiento y la consiguiente descomposición de las estructuras de los Estados-nación sino también de toda forma de cohesión social, exacerbando las tensiones de un mundo dicotómico social y geográficamente. Sin embargo, argumenta Samir Amin, al vaciar de contenido los instrumentos de que se dotó el capital para gestionar la crisis alcanzando compromisos, la globalización no sólo agudiza las diferencias, incrementa la pobreza y genera focos de enfrentamiento sino que, además, socaba los cimientos que hacen posible su funcionamiento mismo, porque si el capital renuncia a gestionar la crisis no por ello puede anularla: se sigue de sus propias dinámicas y alimenta a cada paso la resistencia a su dominio.

En último término, cuando nuestro autor habla de la necesidad de una “desconexión”, lo que está planteando es la necesidad, para el propio capitalismo, de reconstruir las únicas instituciones que permiten gestionar la crisis y de paliar al mismo tiempo los devastadores efectos que se siguen de la búsqueda de beneficios a cualquier precio: de otro modo, la economía capitalista se ve obligada a renunciar al desarrollo y al aumento de la producción, fiándolo todo a una economía especulativa que convulsiona los mercados de capital desatando una verdadera

carnicería que pone en peligro a los propios capitalistas privados. Con todo, en esta obra, Amin hace evidente un giro argumentativo cuyo matiz insiste en una tesis que supone una interesante inflexión combativa en la mera perspectiva macroeconómica: la gestión de la crisis no es ya posible desde las formas del Estado-nación y, por ello, se hace preciso el establecimiento de mecanismos eficaces para su gestión “globalizada”. En este sentido, el magnífico capítulo 2 del libro hace un repaso por los intentos que el propio capital viene desplegando en esa dirección, al mismo tiempo que recorre las líneas que conducen necesariamente a su fracaso previsible: sometidas todas sus instancias (desde el FMI a las estructuras del GATT, desde el Banco Mundial a las Naciones Unidas) al predominio y a los intereses de los grandes capitales del centro, en ausencia de “acuerdos” que pongan de nueva actualidad el crecimiento y, así, que generen un “reparto” que incida en el aumento del poder de compra, no pueden implementar ninguna política que no conduzca a un nuevo bloqueo.

El neoliberalismo económico, articulación práctica de la ideología que confía en el papel constituyente del juego de los intereses privados y que se afirma con el programa de la “globalización”, así, además de como responsable último de la depauperización creciente, de la crispación social y política y de las formas extremas de desintegración social, tiene que ser considerado como el más grave error estratégico del capitalismo de finales del siglo XX: una opción política que sólo puede conducir a la agudización de la crisis y a la descomposición de las estructuras sociales y políticas que, mal que bien, habían garantizado una cierta racionalización de los conflictos y de las desigualdades.

Frente a esa ideología neoliberal y frente a la vacuidad de fondo de los desarrollos de los autores post-modernos (que son críticos sólo en apariencia y que “olvidan” siempre identificar la especificidad “capitalista” de la barbarie economicista que dicen combatir), el autor señala como única vía de superación de una crisis permanente y permanentemente reproducida, la superación del capitalismo que la genera por su propia dinámica. Una reivindicación del pensamiento marxista (en lo que tiene de apuesta por una socialidad construida sobre los intereses de todos, y no en las formas escleróticas que adoptó en los países del “socialismo real”), viene a fundamentar un alegato final en pro de la transformación social, que el autor sintetiza como una fórmula que debe articular nuestra “nueva agenda”: el análisis atento de la diversidad y la necesaria reconstrucción del poder social de las clases populares.

Las resonancias socialdemócratas a las que aludíamos más arriba, al igual que el cierto “tufillo” de la exposición meta-macro-económica, si en alguna ocasión pudieran haber ocupado un papel central para Samir Amin (algo que -no sin cierta razón- se le ha reprochado) son de este modo reconducidas a una apuesta por la construcción de la potencia alternativa (enfrentada y constituyente) de las capas sociales atrapadas en el juego de fuerzas de los grandes intereses del capital privado. La obra de Samir Amin, por tanto, más allá del tecnificado campo de batalla en el que decide hacer jugar a su propio discurso (conviviendo con él incluso), retrotrae la perspectiva (y la apuesta programática) al duro y concreto ámbito en el que se juega cada día la resistencia a la explotación y a la miseria, la construcción, también, de una posibilidad real de vida distinta: el capitalismo no puede ofrecer una salida digna de la depauperación creciente, pero puede perpetuarse, y perpetuar la miseria, si no se le pone fin y si no se construye la comunidad posible. Esa es, pues, nuestra agenda inmediata.